

The background of the cover is a dramatic illustration. In the upper right, a large, ornate figure of a God-Emperor, likely Pertinax, is shown in a dynamic pose, holding a massive sword aloft. Below him, several smaller, armored figures are depicted in various states of action, some with glowing orange energy or fire emanating from their bodies. In the lower left, a prominent figure in red and gold armor, possibly a warrior or a leader, is shown in profile, holding a long, curved sword. The overall color palette is dominated by greens, yellows, and oranges, creating a sense of intense battle and divine power.

WARHAMMER
THE HORUS HERESY

SIEGE OF TERRA
EL HALCÓN
GUERRERO

Chris Wraight

minotauro



EL HALCÓN GUERRERO

Chris Wraight

minotauro

Siege of Terra nº 06 El Halcón Guerrero

Published by Black Library, 2021
Copyright 2025 © Games Workshop Limited.

Warhawk, Siege of Terra nº 06 El Halcón Guerrero, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Reservados todos los derechos.
Originally published as *Warhawk*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez, 2025
Ilustración de cubierta: Neil Roberts
Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1897-2
Depósito legal: B. 13.932-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Insíbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

UNO

La espada
La entrega
Bisoño

Todo comienza bajo la piedra.

Escondida, oculta en la oscuridad, fría como el aliento de un amanecer de invierno. Los habitantes de Ong-Hashin acuden a ella, tal como llevan haciendo desde que se cantan canciones en aquel alto valle, colocado entre la loma Takal y el límite oriental de la Gran Llanura Borai. Ascienden por los angostos senderos, con pies envueltos en cuero que resbalan sobre la roca, cargados de sus picos y cestas.

Las rutas descendentes están talladas a mano, acompañadas de soportes de madera. Los dinteles de esos soportes tienen unos glifos angulares tallados, hechos con los mismos cuchillos desafilados que emplean para retirar las piedras que se quedan clavadas en los cascos de sus corceles. No son elegantes marcas caligráficas, sino los símbolos de un pueblo duro, acostumbrado a desprendimientos de rocas, a corrimientos de tierra. Desean adentrarse en las profundidades para ir en su búsqueda, para encontrarla y luego volver. No les gustan los lugares profundos, el sudor frío de los túneles estrechos, porque, al fin y al cabo, son chogorianos y prefieren que el aire les dé en la cara.

Cuando la extraen, es frágil. La llaman umbralita. Ya extraída de la tierra, se desmenuza al tocarla si se trata con brusquedad. Unos instantes después, sin embargo, se endurece, tanto que se puede lanzar a una cesta y seguir picando la mena en busca de más. Si se sostiene en lo alto —al

menos un trozo del tamaño del puño de un hombre—, se ven fragmentos relucientes en el interior que reflejan la luz de las velas subterráneas.

Cuando terminan, llevan su cargamento por las vías con cautela. Llueve a menudo, y las cimas Takal absorben la humedad que desciende por las llanuras, de modo que las rocas quedan resbaladizas por el musgo. El grupo regresa a un asentamiento en lo hondo de Hashin, situado entre pinos, en una zona helada y cubierta de bruma. Llevan los fragmentos de umbralita y negocian con los forjadores de espadas. Es un proceso que les lleva mucho tiempo y en el que todos están de mal humor: quienes se han esforzado por conseguirla están agotados y necesitan irse a dormir, mientras que quienes desean adquirirla están ansiosos por ponerse a labrarla. Y para entonces el sol ya amenaza con esconderse. Según los sabios, no es bueno ningún trato que se haga al anochecer.

Al amanecer siguiente comienzan las labores. En Hashin, los forjadores de espadas siempre trabajan de dos en dos: un hombre y una mujer. Tienen que conocerse mucho. En ocasiones son hermanos, aunque lo más común es que sean marido y mujer. Atizan los hornos de carbón hasta que las llamas chisporrotean. Les dan vueltas a los fragmentos de umbralita para evaluarlos de nuevo antes de colocarlos en largas tenazas. En ese momento, el hombre se encarga del fuego y la mujer, de las tenazas. Los dos visten finas camisas de algodón, a pesar del aire gélido del exterior, porque en el interior de la forja hace un calor abrasador y su piel expuesta reluce.

Cuando alcanzan la temperatura adecuada, retiran los fragmentos del fuego y los golpean: el hombre empuña un martillo para dar los fuertes golpes y la mujer lo dirige y va moviendo el metal candente por encima de la roma superficie del yunque. Así retiran las impurezas. Es un trabajo agotador, un proceso con el que les duelen los huesos. Y todo se repite una vez tras otra hasta que el acero comienza a purificarse. Los fragmentos ya golpeados se parten, se colocan en agua fría, se vuelven a fundir y se les golpea una vez más. Acaban formando placas, apiladas una encima de la otra, hasta que las vuelven a colocar en el fuego con delicadeza, las funden, las compactan y las vuelven a fundir. Ambos forjadores examinan los fragmentos resultantes con esmero, en busca de cualquier imperfección.

Ninguno de los dos habla. Si necesitan comunicarle algo al otro, golpean con el martillo de un modo específico, aunque rara vez es necesario: son maestros artesanos que trabajan según la intuición y la observación. Doblan el acero una y otra vez y en cada ocasión el metal se refina, se endurece y se purifica. No tarda en volverse más largo y delgado, en extenderse hasta adoptar la larga curva de una espada de verdad. Los martillazos son

implacables, resuenan por la puerta abierta de la forja y no dejan dormir a ningún aldeano.

El acabado de la hoja lo lleva a cabo la mujer. Mezcla una funda de arcilla para el borde afilado y se vale de sus dedos, más delgados, para colocar la espátula contra la mezcla lodosa. Para entonces, los dos están agotados, pues llevan días en la forja. Cuando retiran la funda de arcilla tras haberla dejado más tiempo sobre las brasas, el patrón permanece visible en el acero. Todos los forjadores de espadas tienen una marca distinta: algunos, una flor de solak; otros, garras de tigre. El símbolo más prestigioso, sin embargo, amén del más difícil de conseguir, es el patrón de rayos que se bifurcan desde la punta hasta el extremo de la empuñadura. Esa es la marca que lleva esta espada.

Luego la afilan, la marcan, la pulen y la limpian. Si todo ha quedado perfecto, envuelven la espada en paja y tela y la colocan en un carro pesado del que tiran unos *aduun*. Atan un estandarte rojo a un gran poste que indica que el carro porta cargamento sagrado; así se aseguran de que no sufrirá ningún ataque por el camino, ni aunque cruce las tierras tribales en plena guerra. Los forjadores de espadas descansan al fin, con las manos llenas de callos, con ampollas en la piel. Nunca volverán a ver su creación y nadie les va a dar ninguna remuneración por su obra. La aldea entera los ayuda y ellos ocupan posiciones de alto honor, pues todos conocen el destino al que se dirigen las espadas.

El carro viaja hacia el oeste y desciende a gran velocidad antes de llegar a campo abierto. Tras muchos meses de trayecto a lo largo de las praderas, los cocheros atisban el Khum Kharta en el horizonte, pálido contra el susurro de la larga hierba. Entonces se detienen y preparan el túmulo: apilan piedras, rodeadas de fragmentos de plegarias y cuencos de incienso y coronadas por el estandarte. La espada, todavía envuelta, la colocan en lo más alto. Luego los cocheros se retiran y emprenden el largo camino de regreso.

La noche siguiente, los ayudantes de la legión se llevan la espada a la fortaleza. Ya en el interior de las sombrías salas de Quan Zhou, estudian cada fragmento de plegaria, los interpretan y los colocan en el librarium. A partir de esos retales, los líderes de Chogoris aprenden mucho sobre los cambiantes patrones de la hierba infinita, se enteran de dónde extraer aspirantes, ven el flujo del estado de salud de los mil reinos que poseen. Desenvuelven la espada —todavía sin empuñadura, vaina ni guardia— para llevarla a las forjas. No retiran ninguna de las arduas marcas que han dejado los forjadores de espadas de Hashin, ni tampoco ninguno de los

fallos diminutos que contiene, por pocos que sean en cada ocasión. Es un producto de las gentes de Jaghatai, no de una inteligencia mecánica. Cuando la pulen hasta que asemeja un espejo, refleja el rostro de sus autores en cada destello de luz que recorre su superficie.

Añaden una potente empuñadura, meticulosamente elaborada sobre el acero, unida a él, labrada a mano hasta que la cobertura de oro se aferra a la superficie metálica. Incorporan el campo de disrupción, armonizado con la estructura de la hoja. Tras ello la pondrán a prueba una y otra vez y los instructores de combate la devolverán a las forjas en muchas ocasiones hasta que el equilibrio ya sea inmejorable. El fulgor del campo de energía se suma a las marcas talladas en su primera forja, aumentándolas y proporcionando la firma a cada espada. De este modo, la labor de las gentes de Hashin será presenciada por toda la galaxia conocida, tan intensa como los rayos que imita.

Solo cuando acaba todo ese proceso pueden entregársela a los maestros de espada de la ordu para que la examinen por última vez. Guardan la espada en las cámaras de su templo, rodeada de guardianes rituales, sin usar, sin activar, hasta que inician a un aspirante en la legión, uno que tenga un carácter apropiado para la espada.

Esta en concreto se la entregan a un guerrero llamado Morbun Xa. Este es conocido y no solo por su destreza, sino por su autocontrol. Según dicen es un vivo ejemplo del Sendero del Cielo. La espada le encaja. La lleva con él a bordo de la nave del vacío *Korghaz* junto a la Hermandad de la Estrella Nocturna. La desenvaina por primera vez contra un enemigo en el planeta Egetha IX, donde la ordu se hace con la victoria.

Durante los largos años de la cruzada, la espada cambia de manos en dos ocasiones, cuando sus portadores perecen en batalla. Ahora que la gran traición se acerca al final, la empuña Ajak Khan, de la Hermandad del Águila Ámbar. Ocupa las murallas del Palacio según se desmoronan bajo sus pasos y maldice a aquellos que lo asaltan. Empuña la espada con suavidad, para que el acero dance a su alrededor. El firmamento es oscuro como la tinta de calígrafo y el ambiente está lleno de ruido: los gritos de la infantería, los estruendos de las máquinas dios que prácticamente han penetrado la última línea sólida de defensa, los disparos de la artillería fija.

Ajak Khan divisa a su enemigo, un capitán de los trágicos berserkers de Angron, combatientes corruptos que le despiertan tanta lástima como odio, que atraviesa las ruinas a trompicones para acercarse a él, seguido de doce monstruos más. Tras ellos acuden las hordas, todavía avanzando en tierra de nadie, expuestas a la arremetida de la artillería. Ajak Khan

emprende la carrera acompañado de sus hermanos de batalla, de camino al combate cuerpo a cuerpo que tanto le gusta. Gira la espada y deja un rastro como de un relámpago. La clava, la blande al cortar y grita de júbilo.

Bajo la piedra, en otro mundo, a la luz de las velas, los mineros de Ong-Hashin se detienen por un instante. Las llamas han ondeado de repente, a pesar de que en aquellas profundidades no sople ni la más ligera brisa.

Es algo que ocurre en ciertas ocasiones. Y saben lo que significa.

Con la diligencia que los caracteriza, empuñan el pico una vez más y siguen cavando.

—¿Por qué me cuentas eso? —quiso saber Jangsai Khan, por mucho que ya conociera la respuesta.

El rostro de Naranbaatar permanecía oculto entre las sombras, medio iluminado desde abajo por un tubo de sodio resquebrajado. El resto del búnker estaba a oscuras, cálido por el confinamiento, y apestaba a sudor y a moho. La piel del Vidente de las Tormentas era también oscura, marcada por los símbolos rituales y heridas más recientes, además de arrugas por la edad. Los cristales de la capucha de su armadura relucían y unos tótems hechos de cráneos de animales se enroscaban con delicadeza en los cordeles que los ataban.

—Porque deberías conocer su historia.

Jangsai empuñó la espada. Era un buen arma, de hoja de tamaño medio y ligeramente curvada, aunque menos que los tulwar que blandían las unidades montadas. La puso horizontal, la miró desde arriba y sopesó su equilibrio. Unos tenues patrones de rayos permanecían visibles en el acero, en la parte del lado afilado. Deslizó el pulgar por encima del botón de activación del disruptor, ya pensando en cómo el fulgor de la energía iba a iluminar aquellas marcas.

—Su portador...

—Murió con honor —asintió Naranbaatar—. Hemos recobrado gran parte de lo que perdió, incluida esta espada. Y ahora es tuya.

Jangsai asintió. De poco servía desperdiciarla: las armas de energía poderosas y funcionales eran más valiosas en los tiempos que corrían. Se les estaba acabando todo, los suministros escaseaban.

—Lo conocía —dijo—. A Ajak.

Era un hecho menos impresionante de lo que habría sido en otros tiempos, pues casi toda la legión estaba agrupada en un mismo lugar, tras sufrir una cruenta cantidad de bajas, apretujados detrás de murallas, combatiendo cara a cara contra el enemigo. Hermandades antaño divididas

combatían hombro con hombro y se mezclaban a medida que sus bajas aumentaban. En ocasiones, le parecía que no había ningún guerrero de la ordu con vida al que no conociera por nombre, al que no hubiera visto combatir o cuya historia de unidad no supiera ya.

—Su hermandad ya no combate —explicó Naranbaatar—. Han redistribuido a los supervivientes. Sin embargo, han registrado sus hazañas y todo terminará en las salas de Quan Zhou cuando todo esto acabe.

Era uno de los rasgos distintivos de Naranbaatar. Si bien Jangsai nunca lo había oído alardear, en muchas ocasiones hablaba de los planes del futuro como si nada, con la certeza del éxito como base, y, por tanto, con la necesidad de emprender la siguiente tarea. Lo pronunciaba como sin darle importancia: «se debe acometer esta tarea aquí y luego regresar a lo que hacíamos antes». Todo volverá a estar en orden, todo quedará grabado. A veces le resultaba gracioso escucharlo hablar así, cuando el mundo que lo rodeaba se hundía cada vez más en la perdición.

—Entonces, ya han entrado en la muralla interior —dijo Jangsai.

—Lo conseguirán dentro de menos de una hora, según creemos.

—¿Quieres que ocupe la posición de Ajak?

—No, se le ha asignado a otro. Lo que quiero es que abandones tu puesto; tienes nuevas órdenes.

—¿Tuyas?

—Del mismísimo Khagan.

Jangsai dudó antes de contestar.

—Estamos con el agua al cuello aquí, *zadyin arga*.

Era lo más que se atrevía a resistirse a una orden. Aun así, tenía que decir algo; sus guerreros morían e iban a seguir muriendo, y su lugar estaba con ellos. Ambos comprendieron lo que insinuaban sus palabras: ¿Por qué ahora?

—Necesitamos que hables con alguien —le contó Naranbaatar—. No es un nativo de Terra. Según vimos hace poco, proviene del mismo planeta que tú, así que ese es el motivo. Sé que quieres seguir combatiendo aquí, pero hazme caso, no te van a faltar oportunidades de seguir luchando enseguida.

Una vez más, Jangsai hizo una breve pausa antes de contestar.

—Es el fin, pues.

—Es el principio del fin, sí.

—¿Qué puedes contarme?

—Lo suficiente como para que lles a cabo tu tarea. Después de eso, depende. No sabemos qué será posible aún. Quizá nada. Quizá todo.

Aquella tranquilidad esencial aún seguía sorprendiéndolo. Jangsai sabía que los chogorianos eran capaces de enfadarse, pues lo había visto en muchas ocasiones durante el combate, y resultaban aterradores cuando de verdad perdían la compostura, pero casi siempre mantenían una tranquilidad que podía ser tan exasperante como impresionante.

Jangsai desvió la vista a la espada una vez más. Ajak la habría sostenido quizás hacía unas pocas horas. Habrían formado una pareja perfecta, ambos con el mismo origen, partes de un conjunto armonioso.

—Dime dónde he de ir —dijo.

El planeta se llamaba Ar Rija.

Había sufrido lo indecible durante los terrores de la Vieja Noche y, por tanto, cuando los ejércitos del Emperador llegaron allí durante las primeras décadas de la cruzada, los habían recibido con entusiasmo. Su antigua base industrial no tardó en reconstruirse y, en menos de una generación, ya contribuía generosamente a la campaña bélica. Formaron a muchos regimientos para el Ejército Imperial, varios de los cuales llegaron a obtener una gran fama. Para cuando se produjo el Triunfo de Ullanor, a Ar Rija ya lo consideraban un planeta eje, del que dependía la seguridad de un subsector entero, situado en la confluencia estratégica de muchas rutas de la disformidad establecidas. Un lugar asentado y sustancial.

Las Legiones Astartes, en especial los Imperial Fists, habían comenzado a llevarse a aspirantes de Ar Rija a partir del segundo siglo de la Era de la Cruzada. Si bien nunca había sido un gran planeta en cuanto a reclutamiento, porque se consideraba demasiado civilizado como para producir la brutalidad óptima en los candidatos a marines, las exigencias de aquella conquista que tanto abarcaba obligaban a probar todas las opciones. La situación solo cambió cuando estalló la guerra civil de verdad. Conforme la escala de la traición de Horus se hacía evidente, los estrategas imperiales emprendieron un frenético programa de retirada de bienes y apartaron todo lo que pudieron del alcance del enemigo que se cernía sobre ellos. Ar Rija, durante un tiempo, se consideró un refugio. Reforzaron sus muelles navales, fortalecieron sus regimientos y aportaron más suministros a sus defensas. Los reclutadores de varias legiones volvieron la mirada hacia el planeta, pues ya preveían lo desesperada que iba a ser la situación y de repente necesitaron usar cualquier medio posible para aumentar el número de aspirantes.

Nunca fue más que una débil esperanza. El proceso de convertir un niño mortal en un legionario era un arte delicado, afinado durante

muchos años y llevado a cabo en lugares seguros. Podía acelerarse si era necesario, y sus programas podían trasladarse a otros lugares, pero ambos casos conllevaban cierto riesgo añadido. Incluso cuando varias instalaciones desperdigadas de las legiones ya habían sido evacuadas a Ar Rija, el aumento en muertes de aspirantes impidió que el ritmo de reclutamiento se acelerara tanto como se esperaba. Buscaron a más sujetos de entre la población nativa, aceleraron el proceso de selección y los colocaron en protocolos de rápido ascenso.

Tuyo no había sabido nada por entonces, claro, porque era demasiado joven. Sus ambiciones, por escasas que fueran en aquel entonces, se limitaban a llegar a servir en el ejército algún día: subir a bordo de una nave como parte de uno de aquellos prestigiosos regimientos y zarpar hacia el vacío en pos de los designios del Emperador. Cuando los oficiales habían acudido a la pequeña vivienda de sus padres, con expresiones extrañas y uniformes estrambóticos, él ni había reparado en ello. Solo más tarde, al ver que su madre se echaba a llorar y que su padre palideció, se dio cuenta de que algo iba muy mal.

Aquellos eran los últimos recuerdos que tenía de ellos; ahora, ya le costaba hasta recordar sus rostros. Desde entonces, mucho había cambiado, tanto en él como en el Imperio. Durante cierto tiempo, estuvo decidido a aferrarse a aquellas últimas imágenes de su infancia, porque le parecía de suma importancia mantener cierto vínculo con su vida anterior. Cuando había dado comienzo el programa de entrenamiento, sin embargo, y se había sometido a los primeros procesos de condicionamiento mental, aquello le había empezado a costar. Y, transcurridos varios meses, había dejado de intentarlo. Todo había quedado consumido por los cambios que afligían su cuerpo preadolescente: los agonizantes tratamientos con hormonas, la psicoformación, las implacables mejoras físicas.

Cuatro años duró el proceso. Según supo más adelante, se trataba de un periodo demasiado breve como para que el éxito estuviera asegurado; más de la mitad de aquellos que lo acompañaron durante el programa no sobrevivieron a las primeras fases, mientras que otros perecieron tras la primera oleada de implantes. Sus recuerdos de aquella época de su vida ya eran borrosos, con la impresión de rostros para los que no tenía nombre, y de lugares que ya no sabía dónde estaban. Había estado enfadado, más que nunca, en todo momento. Imaginaba que ellos lo habían hecho así, que lo habían llenado de sustancias químicas que alimentaban su ira. Estos componentes también lo habían ayudado a superar el dolor, a esforzarse a más, por mucho que a veces le pareciera que lo hacía por puro rencor.

Sin embargo, también había aprendido mucho. Había aprendido que el Imperio que él concebía como un lugar seguro y en constante expansión estaba al borde de la destrucción. Había visto qué aspecto tenía el enemigo, lo despiadados que eran sus actos. Lo habían instruido sobre la historia de las dieciocho legiones y sobre el papel que interpretaba cada una en la guerra, incluidas las legiones traidoras, porque uno debía conocer a su enemigo para saber cómo matarlo.

Si hubieran sido otras las circunstancias, habría completado su formación en Ar Rija. Cerca del final de la guerra, no obstante, todo había vuelto a cambiar. La batalla se aproximaba a su planeta natal, tal como le había deparado el destino desde el principio. Y a él no se le permitió combatir para defenderlo. Ni a él ni a ninguno de los aspirantes. En su lugar, los llevaron a los transportes y los alejaron de la oleada de destrucción. Después de aquello, Ar Rija quedó muy por detrás de las líneas enemigas e imaginaban que estaba destruida u ocupada. Para sus adentros, con el escaso apego humano que le quedara hacia el lugar, esperaba que fuera la primera opción, porque vivir bajo el yugo de Horus no era una experiencia positiva precisamente, no para un mundo leal.

Así fue como al fin vio Terra, el centro de todo, el corazón del Imperio y, aun así, amenazada por el ataque, ya vulnerable. El planeta entero estaba lleno de soldados, a rebosar de ellos: salían de todos los transportes para cubrir todos los viaductos y campos de reunión, todos tensos, todos aterrados.

Allí era donde iba a combatir. Allí era donde le habían mandado luchar. No iba a conocer ningún otro campo de batalla, no a menos que se hicieran con la victoria en aquel planeta. Aquellos últimos meses habían sido los más duros, pues le habían tenido que poner los últimos implantes y habían tenido que completar su formación acelerada. Tuvo que demostrar su valía ante sus instructores y luego ante su legión, ninguno de ellos podía permitirse, ni siquiera entonces, dejar que un producto que no diera la talla entrara en las filas de los mejores guerreros del Emperador.

Era un bisoño. Un producto creado con prisa en un Imperio desesperado que estaba en las últimas. Un guerrero de formación rauda al que no habían sometido a la inmersión ni a la cultivación que antaño el Imperio otorgaba a sus cruciales armas vivientes. Si la situación no hubiera sido tan desesperada, nunca lo habrían cambiado en Ar Rija. No lo habrían transportado de estación a estación, con el desarrollo interrumpido y supervisado por instructores oriundos de decenas de planetas. Todos sabían que no era el proceso óptimo; algunos incluso aconsejaban no llevarlo a

cabo, pues eran muy conscientes de las consecuencias que acarrearba que un marine entrara en su etapa de servicio con un trasfondo imperfecto.

Aun con todo, se había sentido orgulloso. Había estado ansioso por combatir, por demostrar de lo que era capaz, tanto a sí mismo como a los miembros de su legión ya establecidos. No era terrano ni chogoriano, pero sí un guerrero, un hermano de batalla de una de las tres Legiones Benditas, la honorable trinidad que lideraba la última defensa de Terra. El alma del primarca le ardía en la sangre. La sagrada cicatriz le recorría la mejilla, en zigzag, como un rayo.

Habían esperado mucho tiempo para llevar a cabo el último ritual de la ascensión. Cuando por fin había llegado el momento, se colocó en largas filas junto a los demás, todos ellos mestizos como él, extraídos de planetas y puestos alejados de la mano del Emperador, sin la formación necesaria, con más entusiasmo de la cuenta. Vestían una armadura blanco hueso, inmaculada, recién salida de la forja. El lord comandante había llegado mediante una lanzadera que hizo que el polvo del patio de desfile saliera despedido. Había bajado por la rampa con estrépito, flanqueado por gigantes de armadura de marfil y placas deslustradas por la batalla. El cielo estaba tempestuoso, cargado de lluvia, pero aún no se había oscurecido por la corriente descendente de un millón de naves de aterrizaje.

Tuyo había esperado con paciencia, con los brazos a los lados, tensando los músculos uno por uno. Las torres y agujas de defensa se erguían a su alrededor y arrojaban sombras oscuras y frías sobre la gravilla. Se oía el ruido de los preparativos bélicos en todas las direcciones: el chirrido de las máquinas y herramientas, el gruñido de los motores, el golpeteo metálico de las botas al marchar. En aquel lugar reinaba la tensión. Todo estaba preparado, listo para estallar con violencia.

Transcurrido un tiempo, el lord comandante había llegado al lugar de Tuyo. Se llamaba Ganzorig y, en la jerarquía de la legión, ocupaba el puesto de noyan-khan. Oriundo de Chogoris, había combatido contra los traidores durante siete años tan terribles como arduos, pero ya hacía décadas que era un guerrero veterano. Y aquello le había dejado su propia marca, como un aroma. Parecía irrompible.

Tuyo lo había mirado a los ojos. Ganzorig le había devuelto una mirada fría y fija, como si evaluara un corcel antes de comprarlo.

—Tuyo —lo había llamado el noyan-khan tras unos segundos—. Ahora formas parte de la ordu de Jaghatai. Tu vida anterior ha dejado de existir. ¿Qué nombre escoges para marcar este momento de tu ascensión?

—Jangsai —había contestado él sin dudar.

Ganzorig asintió satisfecho. Poco les importaba de dónde procediera cada uno; solo querían saber qué nombre iban a tomar y si iban a honrarle.

—Eres uno con la ordu, Jangsai.

Jangsai había esperado, pues solo quedaba un último acto: que lo asignaran a su *minghan*, a su hermandad. Tan limitada estaba la situación, tan afectada estaba la legión tras regresar al Mundo del Trono, que seguían en plena reconstrucción y el reclutamiento era un proceso de considerable fluidez.

Ganzorig se lo había pensado mucho, como con todos los nuevos guerreros que había iniciado aquel día. A pesar de que había cientos de guerreros allí plantados, el noyan-khan lo había sabido todo sobre ellos: sus registros de entrenamiento, los informes confidenciales de sus instructores. Jangsai aguardaba en silencio.

—Perteneceas a la Hermandad del Hacha de Hierro —había concluido Ganzorig al fin—. No la abandonarás hasta el día de tu muerte; que ese día esté muy lejos y que la gloria acompañe a tus hazañas hasta entonces.

Jangsai le había dedicado una reverencia. Ya estaba completo. Por fin era un White Scar.

—¡*Hai* Chogoris! —exclamó—. Gloria al Khagan. —Y entonces, con más sentimiento aún, había añadido—: ¡Y mil muertes a sus enemigos!